

## ¿Quién quiere una hipoteca?

El helicóptero fue aminorando velocidad y altura. Lucy B. O'Polvoronne, que viajaba en el asiento de atrás junto a la señora Mozilo, admiró el paisaje. Campos de golf, ondulados y verdes, mansiones, jardines extensos y frondosos, un sol californiano tan distinto al de NY, y el acento suave del habla del piloto que retransmitía por radio a la torre. Había pasado unos días en el Lago Sharewood, en casa de Angelo Mozilo, presidente y director ejecutivo de Countrywide Financial Corporation. La visita en principio era de trabajo, pues se habían detectado problemas relacionados con las hipotecas y Lucy había sido enviada por un grupo de bancos inversores de Wall Street para conocer el alcance de esos problemas, pero al final había combinado trabajo con ocio y precisamente ahora volvían, el matrimonio Mozilo y ella, de una fiesta de disfraces que se había celebrado en otra gran mansión californiana, propiedad de un senador demócrata amigo de Mozilo. Ahora ella haría noche en el domicilio de sus amigos y mañana tomaría el primer vuelo para NY. Allí le esperaba una reunión convocada de antemano con varios de los banqueros interesados en las noticias que les llevaba.

El helicóptero se posó suavemente en el helipuerto particular de la urbanización donde sus anfitriones vivían y Lucy fue la segunda en descender, ayudada por la mano morena y galante de Angelo. Tras ella lo hizo la esposa de éste. Los tres en procesión se dirigieron a la pequeña terminal donde les esperaba el coche que les llevaría hasta la casa. Fueron hacia el automóvil, todos en fila india: el chofer, ellos y tres empleados con los equipajes. Bultos y personas quedaron ubicados en el coche que partió por los sinuosos caminos de Thousand Oaks, en el Lago Sharewood.

Mientras trepaban hacia su destino, Lucy hizo un breve y mental recorrido por la biografía de su anfitrión, abigarrada biografía llena de opulencia y excesos. Recordó una desconcertante definición que dio de sí mismo y que publicó la revista Forbes el 27 de noviembre del año 2000: *Soy como un tipo duro, un hijo de puta*. La misma revista revelaba que era el séptimo CEO mejor pagado de América, con un sueldo de 142 millones de dólares y la totalidad de los gastos cubiertos por su empresa.

Mozilo era el presidente y director ejecutivo de Countrywide Financial Corporation, compañía que fundó en 1969 y que veinte años después se convirtió en la empresa líder mundial en financiación de vivienda y servicios

relacionados. A punto de cumplir setenta años, tenía una de las mayores fortunas, el más famoso bronceado artificial y una vida de lo más muelle.

Había nacido bajo el signo de escorpio y estaba fascinado por la película *Charlie y la Fábrica de Chocolate*, que veía repetidamente. Gozaba de buena salud, estaba casado, era un buen golfista y figuraba en el National Association of Home Builders' Hall of Fame. Sus amistades eran el fruto y la clave de su éxito, en este orden, porque Mozilo era uno de esos hombres que se habían hecho a sí mismos. Hijo de un carnicero italiano del Bronx, con una infancia llena de anginas, sarpullidos, otitis, asma y catarros, no pudo entregar sus ansias juveniles al deporte; pero sí se las entregó, en cambio, a madurar el plan de convertirse en prestamista de hipotecas. Este deseo compulsivo, este ciego objetivo vocacional de la propiedad de la vivienda, fue grabado indeleblemente en la mente del joven Angelo durante sus días de dolor de oídos, pues su familia nunca tuvo una casa en propiedad y esa carencia se hizo tan insoportable que modeló su carácter futuro. Angelo se casó, construyó una familia y al fin pudo comprarse una casa. Varias casas. Un montón de casas. En aquella vieja América, los sueños solían hacerse realidad.

Angelo tenía cuatro hijos, era amante del riesgo, la pesca de altura, el heliesquí y lucía orgulloso el bronceado artificial más famoso de California (la insistencia no es gratuita, es un detalle clave en su biografía). Así era, a grandes rasgos, uno de los protagonistas de esta conjuración. Quizá el principal, porque fue la pieza clave que desencadenó la actual tormenta. El que más sopló para hinchar la burbuja inmobiliaria de EEUU. En esto todos estuvieron de acuerdo, probablemente también él.

Desde que Mozilo y un amigo (David Loeb) la fundaron, Countrywide Financial Corporation funcionó como la seda. A principios de los noventa, al bajar las tasas de interés al nivel más bajo en veinte años, las operaciones de CFC crecieron tan rápidamente que se convirtió en el prestamista hipotecario número uno de la nación, el mayor prestamista hipotecario de Estados Unidos.

Mañana excelente. En el soleado jardín, cuatro jardineros cortaban las praderas de césped, reponían los parterres y aclaraban los arbustos. Los perros ladraban a lo lejos, pues habían sido encerrados en las jaulas. Sólo el gato Picasso tenía permitida la entrada en la casa, en los salones, en la

biblioteca, en la sala de cine, en los vestidores y hasta en la suite de los Mozilo.

La casa estaba en pie de guerra porque los señores y su invitada llegaban esa misma tarde. Se reponían las flores en todos los jarrones y por eso el coche negro y dorado de la floristería estaba aún a la puerta y dos mozos con mandiles oscuros descargaban las pocas cajas de flor cortada que quedaban ya en él. Se había callado el zumbido del aspirador y Amaranta estaba en ese mismo momento repasando en el sótano los depósitos que se llenaban con los aspiradores centrales, porque no podía haber una sola mancha, una sola pelusa (*no quiero ver ni una pelusa, ni siquiera una pelusa de la pelusa, no sé si me entiende*), un descuido fatal en ninguna estancia de la casa, ni en la casa ni en el sótano. La señora era muy estricta. No es que bajara hasta allí, jamás había pasado de la planta baja, desconocía el mundo de las calderas, la calefacción, el aire acondicionado, el centro de basura, los garajes, en fin, todo lo que sostenía la vida del gran edificio; pero ya había dicho antes de salir de viaje que no quería ni sombra de desorden, ni en su presencia ni en su ausencia. Todo inmaculado. No podía soportar el caos, si encontraba algo fuera de lugar se llevaba las manos a la garganta como si le fuera a dar un vahído. Lo sabía el resto de la servidumbre y Amaranta se lo había repetido, sobre todo, a los nuevos. La verdad es que en ese punto la comprendía: los nuevos al principio no tenían ni idea del manejo de aquella compleja casa.

—No tienen ni idea, suelen ser un castigo. Hay que empezar por explicarles todo —le comentó al mecánico, que entendía algo el español.

Repasó después la piscina, las tumbonas con las lonas nuevas, las sombrillas plegadas, el cobertizo donde se guardaban las toallas y otros aditamentos de baño. Tras el alto seto, desde el helipuerto cercano, oyó primero cómo se posaba el helicóptero y después le llegó su brisa. Acababan de llegar funcionarios del banco e informáticos de Palo Alto, porque al poco vio que entraban en el despacho del señor.

Subió a la terraza de la suite principal y miró la tarde tan hermosa y tranquila, las magníficas edificaciones vecinas, ocultas tras el follaje espeso. A la derecha, las altas tapias de Paul Anka. A la izquierda, la que había sido residencia de Sofía Loren, actualmente ocupada por un magnate del petróleo.

Todo en orden. Después bajó, vigilando el pasamanos brillante, la alfombra sin una mota, el mármol del hall reluciente. Pasó a la biblioteca, de allí al porche trasero; satisfecha, volvió por la cristalera a la casa y casi se cae

del susto porque en uno de los cristales recién limpio un pájaro había dejado una cagada. Horror.

La nueva, una chica mejicana delgada como un hilo, pelo furiosamente negro y rizado, se presentó con lo necesario para repasar el cristal. Amaranta la vio trabajar en silencio.

—Digo yo, señora Amaranta —empezó la mejicana— que me tiene que ayudar en lo de la hipoteca. Mi novio dice que si conservo este trabajo y él el suyo podríamos meternos en un terrenito para cuando volvamos al pueblo. Si usted me dijera cómo se hace para un buen préstamo como el que usted tiene...

Tenía una rara cadencia en la voz, una cadencia un poco irritante, como un maullido. A efectos de inteligencia era totalmente nula. A efectos de tesón era sobresaliente. Hablaba de la hipoteca hasta con las paredes. Amaranta supuso que de la cerrazón de aquel cerebro tenía que ser informada la señora, pero miró a la flaca con conmiseración y decidió no hacerlo. Había conseguido un empleo muy bueno y no iba a ser ella la sabandija que se lo quitara.

Realmente, el sueldo era excelente y los señores sólo pasaban temporadas en la casa, pues vivían haciendo una especie de tournée por sus mansiones, y ahora que los hijos se habían casado, más frecuentemente que antes. Todas sus casas tenían una dotación de servicio fijo, un par de personas que se ocupaban más que nada del mantenimiento, así que el trabajo era descansado excepto cuando llegaba el matrimonio Mozilo. Entonces se pedía esfuerzo: la limpieza debía ser notable, el jardín perfecto, las comidas a sus horas y el ritmo infernal, ya que el señor arrastraba una pléyade de empleados, invitados, cenas y fiestas. Pero merecía la pena el estrés de esos días por el buen sueldo y la tranquilidad del resto.

—Repasa por aquí, en esta esquina, aquí, y... ¡no mires mi dedo! ¡Mira a donde señala, caray!

—¡Es que si usted me dijera los trámites, por favor!

—Te lo diré, pero ahora limpia, no pierdas tiempo que están a punto de llegar.

—¡Pero es que mi novio...!

—¡Al carajo con tu novio, Almalinda! ¿No conoces a la señora? Lo primero es lo primero. Quitá bien esa cacota y ya platicaremos de hipotecas. ¡Por Dios!

En ese instante el mecánico NB (iniciales que correspondían a un nombre de doble valor histórico, Nelson Bonaparte) oyó la palabra hipoteca y a su conjuro asomó la cabeza por la cristalera.

—¡Yo también una hipoteca! ¡Yo también, señora Amaranta!

—NB, limpia el garaje y no marees.

—¡Pero es buena una hipoteca para casita buena con mi buen trabajo! ¿No? —suplicó poniendo los ojos en blanco.

—¡Oh, Dios Señor Nuestro! ¿Por qué me das este castigo si soy tu bondadosa sierva? —Amaranta imploró al cielo.

—Él te da ese castigo porque no quieres darme una hipoteca como las de otros. ¿No la tendré por mi color? ¿El negro de Alabama no podrá? ¿El negro a su choza con su tío Tom entonces?

NB había aprendido el español en una corta estancia en El Paso y dominaba la entonación pero no la sintaxis. La palabra gruesa, no las concordancias.

—¿Será por ese Dios tuyo que no me venga a mí una hipoteca, señora Amaranta? ¿Fuiste mala con él y ahora yo la pago? ¿Por qué cuando estaba sin mi trabajo en Alabama con mi camiseta rota sí había para mí, que me lo dijo un señor con traje? *¿Quieres una hipoteca para comprarte la casa?* Me dijo. *¡Oh sí! ¡Pero antes trabajo y luego hipoteca!* Le dije. *Trabajo no tengo para ti, hijoputa,* me dijo, *pero sí hipoteca.* Y ahora con mi trabajo, ¿no hay hipoteca para mí? ¿A dar por culo también? ¿Cómo usted no da papel con hipoteca a NB con trabajo? ¿Están locos los latinos?

—¡NB, limpia! ¿Qué tú quieres? ¿Te parece que dé yo las hipotecas?

—¡Oh sí, las das, sí que las das! Se la das a Almalinda que gasta muchos dólares y a mí, a NB que es negro y no lleva postizos, no extensiones, no uñas duras... al pobre hijoputa de rastas, a ese mí, no se da, ¡ya sé! ¡*Rasista*, dicen para ti! ¡Y bien dicho! —se dolió volviendo hacia el garaje con su bayeta.

Ya con él desaparecido, emergiendo de la lobreguez del garaje, se escuchó su voz con tono alegre y chulo:

—¡Pues sabé que la pedí en Lehman la hipoteca! Te chinchas señora *rasista* de negros, que yo tengo allí un amigo bueno que me la va a dar y tendré una casa mejor que la suya. ¡Señora roñosa, señora hispana roñosa y *rasista*! En Lehman se la dan al pobre negrata, sí, señora. Allí no miran las rastas, *pa* que sepas. Allí se la dan al negro de Alabama que paga bien, con buen trabajo. ¡Y me dan también un crédito para mi banda! ¡Le gasté una broma doña, no la necesito a usted *pa ná!* Jijiji...

—¿Para qué banda, mentecato?

—¡Tengo banda, sí, señora! Banda con banjo y guitarra eléctrica. Y teclado, *sabés*. Y me dan tres mil dólares *pa* un local de ensayo y *pa* una maqueta. ¡Te fastidias!

Pasó una tarde muy ajetreada por la llegada de los amos, que siempre traía mucha faena. Tenía que disponer en la cocina el café, las fuentes de sándwiches, las pastitas para la reunión con los empleados y socios que el señor tenía siempre que había pasado largo tiempo fuera. Además, para esa reunión habían pasado el día un montón de técnicos informáticos preparando los aparatos e instalando todo para la conferencia con las agencias más importantes de todo el país.

Fue cuando preparaba el té para la señora que tenía que servir en la salita de la piscina. Estaba en la cocina colocando el bizcocho en la fuente de plata, sobre la servilleta blanca. Lo depositó con cuidado y espolvoreó el bollo recién hecho con azúcar glass. Entonces la puerta de vaivén sonó con su conocida musiquilla y el señor (¡el señor!) entró en la cocina. Jamás le había visto allí. Se quedó pasmada.

Iba en mangas de camisa, vueltos los puños, enseñando sus brazos fuertes y bronceados. Le vio acercarse al frigorífico con ese deambular gatuno, muy suave y, para qué negarlo, terriblemente atractivo. *Tiene sus años, ¡pero hay que ver!*

Él aún no la había visto cuando Amaranta dijo:

—¿Señor?

Entonces Angelo Mozilo se volvió sorprendido, sonrió, pidió un vaso. Sólo quería un vaso de agua.

Amaranta volvió con el vaso, abrió el grifo del frigo, lo sirvió sobre una bandeja y lo colocó en la mesa central. Él la miraba apreciativamente, como si lo hiciera por primera vez. Siguió en silencio sus movimientos

—¿De qué se ocupa en este momento? —preguntó e inmediatamente bebió hasta dejar el vaso vacío.

Amaranta casi se atraganta pues hasta la fecha nunca habían mantenido una conversación así, tan solemne, los dos solos, como en la intimidad.

—Preparo el té para la señora y sus amigas.

Él se quedó pensativo, cruzó los brazos y se apoyó semisentado en la mesa.

—Realmente —reflexionó como para el fregadero— sin usted nos devoraría la entropía. Usted lucha cada mañana y durante toda la jornada

contra esa segunda y nefasta ley de la termodinámica. Si usted no devolviera el caos diario al orden, si no recogiera el salón, los baños, en fin, el desorden del día anterior, este mundo se habría paralizado hace siglos. Sin usted, Dios tendría la partida perdida. Y gracias a esa restauración diaria del orden, gracias a la maldición bíblica del trabajo (¿no será ese, la entropía, el verdadero pecado original del universo?) el mundo puede avanzar. Sin usted –resumió mirándola a los ojos– mi vida no tendría sentido. Le debo mucho, Marcela.

–Amaranta, señor –aseguró ella poniéndose roja.

–¡Eso, Amaranta! ¡En qué estaría pensando! Disculpe. Pues sí, Amaranta, a usted le debo todo: algún día se lo agradeceré como merece. No lo olvide.

Y le guiñó un ojo. Luego salió de la cocina dejando en el aire el maullido de la puerta de vaivén (*tengo que aceitarla*, pensó Amaranta en medio de un remolino de turbación) además de una arista de perfume masculino y una emoción agitada en su interlocutora. Así era el gran hombre.

Cuando, al final de la tarde, Amaranta fue a recoger las bandejas del té, le cayó como llovido del cielo el permiso de la señora. Le dio la noche libre. Así que podía ir a su casa y hablar con Lorelay.

–Sí –aseguró–. Se lo agradezco porque debemos decidir lo del viaje a España.

Cuando mentó el tema, la señora tuvo un sobresalto. La invitada, que ojeaba indiferente una revista de veleros de lujo, levantó la mirada.

–¿Quién viaja a España? –preguntó Lucy.

–Eso –remachó la señora Mozilo– ¿quién viaja a España?

–¿No lo recuerda? Me tocó en la rifa de la Countrywide. Rifaron a los que habíamos hecho la hipoteca ese año y nos tocó a nosotros.

La señora se alarmó.

–¡Pero no se irá usted ahora!

–No, descuide, me iré en el mes de mis vacaciones.

–¿Vacaciones? Ah, claro... En fin, sí, ya veremos cuándo puede ser. Ya lo hablaremos.

Entró en ese momento el señor. Se sentó en un sillón y estiró las piernas.

–Estoy rendido –le dijo a su esposa tomándola de la mano.

Cerró los ojos y en esa misma postura le ofreció a Amaranta el coche para llevarla a su casa. El mecánico llevaba aquel camino, no era ninguna molestia.

–No es necesario el coche, señor, cogeré el bus. Y gracias por todo, de verdad. En cuanto a la casa que el señor nos permitió comprar, nunca se lo podré agradecer bastante, se lo aseguro, así viva mil años.

Angelo se rió y, con los ojos entrecerrados, despatarrado en el sofá, le repitió que no fuera tonta, que se aprovechara del coche, del chofer y que pasara una buena noche.

*¡Qué bien está el señor! ¡Parece un galán de telenovela!* pensó viéndolo con su polo azulón, moreno y delgado. *¡Daría algo por un rato de amor con él!*